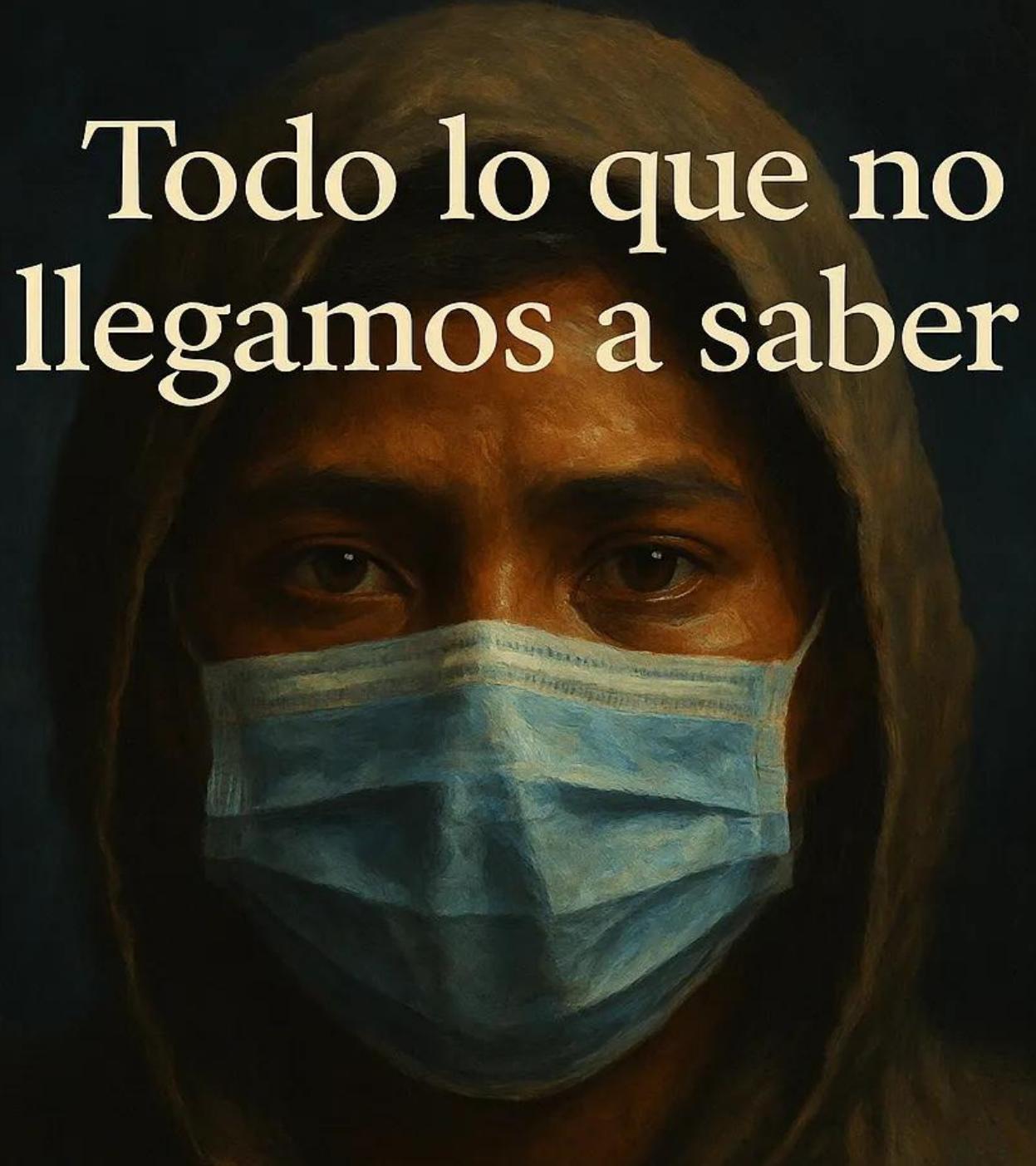


Todo lo que no
llegamos a saber



Xavier
Dueñas

Nota del autor

Este relato surgió de la necesidad de acercarme con humildad al dolor silencioso de quienes se convierten en puentes frágiles entre la vida y el abandono. Pretende ser una ofrenda íntima, tejida desde la empatía y la escucha. Durante la pandemia, muchas caras quedaron fuera de foco, muchas voces se apagaron sin ser nombradas, muchos actos de amor sucedieron en circunstancias imposibles. Dedico esta historia a ellos: a quienes, aun desde la incertidumbre, decidieron permanecer; a quienes acompañaron con cuerpos agotados y almas despiertas; a quienes dieron cuanto pudieron sin buscar heroísmos; y a quienes, aunque no llegaron a tiempo, siempre guardaron la intención profunda de estar.

Xavier Dueñas <https://xavierdueñas.es>

Prólogo

Existen relatos que se escriben para respirarse lentamente, como quien contempla un árbol despojado de hojas y, en lugar de pensar en el invierno, se commueve por su silenciosa resistencia. Este relato busca abrir preguntas, mostrar, señalar sutilmente desde lo vivido; es la voz sincera de quien recorrió caminos áridos y hogares sin ventanas, de quien observó cómo el dolor se instala suavemente en las esquinas olvidadas y eligió permanecer, aun desde la incertidumbre. Lo narrado aquí es auténtico en su esencia emocional, aunque los nombres y las circunstancias puedan variar. Porque la verdad que hiere necesita solo de la mirada abierta de quien escucha con el corazón.

Todo lo que no llegamos a saber

A esta hora el sol cae despacio sobre los cerros, arrastrando un cansancio antiguo, testigo de demasiados regresos solitarios. La luz rojiza se filtra por las rendijas del tejado de barro y se deshace en sombras largas sobre el piso de tierra. El aire está inmóvil. Las voces se han escondido. Solo ese zumbido constante de los insectos habita la tarde, ese rumor persistente que acompaña todo lo que no se dice.

Estoy en el umbral de la puerta, con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirando un camino que ya no espera pasos. Nadie llegará. Y, sin embargo, miro. El cuerpo, a veces, conserva hábitos sin sentido. Y el alma, aun sabiendo, se resiste a aceptar lo que el corazón ya ha comprendido.

El celular sigue sin señal. Ha estado ausente desde ayer, desde la semana pasada, desde aquel día en que todo cambió. Aquel día ella empezó con fiebre y yo estaba lejos, demasiado lejos, repartiendo mascarillas y jabón en un lugar donde el miedo se disimulaba con desconfianza. Creí que, si algo ocurría, mi hermana sabría cómo avisarme. Pero no llegó ningún mensaje, pese a los intentos, sino porque aquí la enfermedad no fue lo único que nos dejó incomunicados.

Todo lo que no supe a tiempo se volvió definitivo. Y ahora estoy aquí, escuchando ese zumbido monótono, preguntándome cuántas muertes comienzan con el silencio, no con un grito.

Recuerdo con claridad esa mañana. El aire parecía en paz, en una calma que parecía contener la respiración del mundo. Caminé dos horas cuesta arriba con una caja de barbijos improvisados, pastillas de cloro y dibujos que explicaban cómo lavarse las manos. Nadie me esperaba. Y aun así, fui. Sabía que no podía cambiar las cosas, pero al menos quería que el miedo no nos tomara completamente desprevenidos.

No había electricidad en la comunidad. Las puertas cerradas hablaban más que cualquier palabra. Toqué, hablé, insistí. Algunos me escucharon, otros me miraron con desconfianza, con la amenaza colgando de mis gestos, visible incluso sin palabras. Dejé lo que tenía, repetí las indicaciones y seguí caminando, con la sensación de que hasta las palabras necesitaban permiso para quedarse.

Todo lo que no llegamos a saber

Tenía el celular en el bolsillo. Lo sacaba sin fe, más como gesto que como esperanza. A veces una barra parpadeaba por un segundo, como una promesa rota. Y aun así, confié. En mi hermana. En el amor. Creí que eso bastaría.

Cuando regresé, el cielo tenía el color del barro, y el cuerpo me pesaba como nunca. Crucé la puerta con esa mezcla de cuidado y anhelo que nace cuando uno espera lo imposible. Sabía que algo dentro de mí aún la esperaba, aunque no pudiera nombrarlo con certeza. El olor persistía —a tierra seca, a hojas de eucalipto, a tiempo detenido—, resistiéndose a exhalar su último suspiro, aferrada a la memoria, resistiéndose a la ausencia.

Pasé por los objetos sin detenerme. Los conocía. Ya los había visto: intactos, ajenos. Esta vez era distinto. Buscaba algo más que una presencia, buscaba una señal, algo que ella hubiera dejado como quien enciende una luz en la ventana por si alguien regresa.

Fui directo al armario, movido por una urgencia que no sabía nombrar. Lo abrí con manos lentas, casi temblorosas. Saqué uno a uno los manteles que aún conservaban el olor de su cuidado, movido por esa necesidad íntima de sentir que algo de ella permanecía, aguardando ser hallado. Y entre dos paños bordados, como escondido a propósito, apareció un cuaderno de tapas blandas, envejecido por el uso y el silencio.

Lo abrí con torpeza. Al principio, solo páginas sueltas, anotaciones dispersas, listas, recetas. Y luego, en el centro, esa frase. Repetida una y otra vez: *“No lo culpes, él estaba ayudando.”* Cada vez más inclinada, más frágil, como si el trazo se rindiera ante la urgencia de lo no dicho.

Me quedé quieto. El cuaderno sobre las piernas. Esa frase —tan sencilla, tan suya— se clavó en mí con una ternura insoportable. Era su perdón, su abrazo escrito, su forma callada de decirme que lo comprendía, que lo sabía. Sin rencor, incluso en la distancia, incluso en su final, ella seguía cuidándome.

Las lágrimas llegaron sin aviso, por todo lo que callé, por todo lo que desconocía, más que por pena. Cayeron sobre la página, desdibujando parte de sus palabras, fundiéndome con su último gesto. Y en ese instante supe que hay dolores que no esperan consuelo, solo piden ser vividos. Que hay gestos que se entienden sin explicación, solo se reciben.

Incliné la cabeza y susurré: perdón, mamá. Sereno, sin drama ni culpa. Como quien deposita algo sagrado sobre una tumba invisible. Y en ese susurro entendí que algo se había roto definitivamente. Pero también, que algo —aunque apenas naciente, aunque frágil— comenzaba a sostenerme desde dentro.

Esa noche me senté frente al fuego, sin esperar calor. Observé la casa con la mirada de quien observa algo por primera vez: los objetos detenidos, intactos, llenos de ella. Todo seguía en su sitio, como si el tiempo se hubiera quedado inmóvil, suspendido por respeto. Pero el silencio había tomado forma, y dentro de él se alojó una pregunta implacable: ¿qué clase de hijo soy si falté cuando más me necesitaba?

Buscaba sólo permitir que el dolor siguiera su curso. Solo dejar que el dolor hiciera su trabajo. Mientras yo hablaba con otros, mientras explicaba cómo cuidarse, ella se apagaba en soledad. Privada de despedidas, yo privado del consuelo de decirle que estaba, para decirle que estaba allí, que el miedo podía pasar, que el frío pasaría.

Desde entonces, algo en mí se torció. Es más que tristeza. Es algo distinto a la culpa. Es una fisura silenciosa, una herida que no sangra, pero permanece abierta, un filo que acompaña. Y ya he aprendido a dejarlo estar. Porque también eso —ese roce constante— soy yo.

Ahora lo entiendo: hay cosas que escapan a toda explicación. Algunas verdades llegan tarde, y aun así iluminan. Como una palabra que se perdió en el momento adecuado, pero que sigue haciendo eco. Como una luz encendida, aunque nadie vuelva.

Y en ese eco silencioso, aprendo a permanecer.

EL INICIO DEL MIEDO

Fue a comienzos de marzo cuando escuché por primera vez la palabra "*coronavirus*". Sonaba a algo lejano, una de esas noticias que se disuelven en la radio, murmullos de un mundo distinto, donde todo sucede con una velocidad que no pertenece a la lentitud gris de estas montañas. Me llegó en la voz de un enfermero del distrito, que subió en moto con una mochila gastada y el rostro apurado. Me entregó un sobre con papeles, folletos mal impresos y unas pastillas de jabón barato. Me explicó, sin levantar la mirada, que debía informar a la comunidad, explicar lo que estaba ocurriendo, enseñar a lavarse las manos, anotar los casos sospechosos, reportar cualquier síntoma.

Asentí movido por esa niebla espesa que me envuelve cuando algo me sobrepasa, cuando comprendo que la acción importa más que el entendimiento. En su voz vibraba una urgencia nueva, un vértigo sin nombre. Dijo que la enfermedad se propagaba con rapidez, que la cura seguía siendo un misterio, que era necesario quedarse en casa. Luego se marchó sin

despedirse, dejando atrás el zumbido de la moto cuesta arriba, una advertencia suspendida en el aire.

Me quedé con esos papeles entre las manos, tratando de entender sus instrucciones, ordenando palabras en mi cabeza, buscando cómo transmitir algo que yo mismo apenas alcanzaba a imaginar. Era cargar un paquete sellado que debía entregar sin abrir, un mensaje ajeno que, de pronto, debía hacer propio. Pensé en mi madre, en los niños que jugaban en la plaza, en los ancianos que tejían en los corredores. ¿Cómo decirles que algo invisible podía cambiarlo todo? ¿Cómo nombrar una amenaza sin forma, sin rostro, que llegaba desde lejos y ya parecía habitar en nosotros?

Nos reunimos bajo el algarrobo, como en esas ocasiones que exigen ser escuchadas en voz alta y con todos. El sol se retiraba despacio, pero aún había suficiente luz para ver los rostros, para sentir el refugio de la sombra que el árbol ofrecía, silenciosa y constante, con esa calma de quien ha visto pasar demasiadas historias. Me paré frente a ellos con los papeles doblados, la garganta seca, el corazón agitado, sabiendo que lo que estaba por decir no era un simple anuncio, sino una línea invisible que todos íbamos a cruzar.

Hablé con lentitud. Usé las palabras de los folletos, las que sonaban en la radio. Dije que había una enfermedad nueva, que se contagia con facilidad, que era necesario evitar el contacto, lavarse las manos, compartir utensilios con cuidado, quedarse en casa si aparecía fiebre o tos. Mientras hablaba, buscaba una señal de comprensión, una chispa de atención verdadera. Pero hallé rostros inmóviles, ojos entrecerrados, brazos cruzados, sin que mis palabras encontraran un refugio donde reposar, aunque mi voz buscara un lugar en el silencio.

Alguien rió. Fue apenas un murmullo seco, suficiente para quebrar el aire. Luego vino el silencio, denso y definitivo. Una mujer, sentada al borde del círculo, se levantó con lentitud, se sacudió el polvo del vestido y dijo, sin aspavientos, que esas cosas eran de la televisión, que aquí las enfermedades así no llegaban, que lo nuestro era la tos del frío, las fiebres de siempre, los males que sanan con hierbas. Sus palabras cerraron de inmediato cualquier puerta al diálogo, y volvió a sentarse.

Guardé silencio. Sentí que lo poco que había traído se deshacía en el aire, que el viento lo arrastraba antes de que echara raíz. Me quedé callado, los papeles aún en las manos, y entendí que el mensaje no fallaba, sino yo. Mi voz temblorosa, mis certezas prestadas, ese intento torpe de traducir una verdad que no sabía cómo sembrar en tierra ajena.

Todo lo que no llegamos a saber

Esa noche caminé de regreso con lentitud, porque el cuerpo aún buscaba entender lo que la mente ya comenzaba a aceptar. El viento barría el camino, arrastrando polvo y ese silencio que queda cuando uno ha dicho lo necesario y nadie quiso escuchar. Llevaba los folletos bajo el brazo, arrugados, inútiles, convencido de que el papel mismo ya comprendía su impotencia. A cada paso, un peso sin nombre me anudaba el pecho, una forma nueva de estar solo.

Crucé la plaza vacía, saludé a un perro que no respondió, y entré en casa sin encender la luz. Me senté junto al fuego, atraído por ese calor antiguo que aún me sostenía. Pensé en lo dicho, en las palabras que se apagaron sin hacer llama, en las miradas sin eco. Me pregunté si comprendían lo que intentaba decir o si era yo quien hablaba en una lengua extranjera. Llego sin credenciales, sin distinciones visibles, con los pasos de quien aprende desde abajo. Lo poco que sé lo aprendí observando, escuchando, preguntando con humildad. Y, aun así, hay días en que dudo de todo lo que digo, porque ese miedo me alejaba sin querer; al advertir, en vez de proteger, abría una grieta que dolía aún más.

¿Y si me equivoco?, me pregunté. ¿Y si el miedo que traigo no les pertenece? ¿Y si siembro algo más dañino que la enfermedad: una desconfianza que permanece abierta, una distancia que me aísla incluso de quienes siempre me han reconocido?

Me miré las manos, toqué mi pecho, respiré hondo. Entonces comprendí que la soledad llega cuando uno deja de escuchar a los otros, cuando deja de creer en su propia voz, cuando la certeza se convierte en ceniza en la boca y la esperanza se desvanece en el alma.

Y en medio de esa bruma, algo se volvió nítido: tal vez no venimos a traer respuestas, sino a aprender a preguntar con el corazón abierto.

LA CASA SIN VENTANAS

La casa esperaba al final de una cuesta empinada, envuelta en matorrales secos y rodeada de gallinas flacas que escarbaban sin verdadera esperanza entre las piedras. Al acercarme, sentí el aire denso, suspendido, aferrándose inmóvil al calor del día. Golpee suavemente la puerta, con un gesto leve y paciente. La respuesta tardó, filtrándose apenas un murmullo desde el interior, invitándome a entrar. Empujé con cuidado la madera gastada y me adentré en la espesura oscura que envolvía aquel espacio.

Una rendija estrecha en lo alto era el único acceso por el que se colaba un hilo de luz casi inútil, suficiente apenas para esbozar las sombras. El aire estaba impregnado de humedad

antigua, leña mal quemada y cuerpos consumidos por una fiebre silenciosa. El suelo de tierra compactada levantaba un polvo imperceptible con cada paso, mezclándose con el aliento gastado del encierro. Al fondo, sobre un catre cubierto por una manta gastada, descansaba el cuerpo de una mujer anciana, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, tosiendo con una fragilidad inquietante, un sonido tenue y casi agotado, nacido del límite mismo de la vida.

Tres niños dormían cerca, abandonados sobre un colchón estrecho y cubiertos por un paño que ya no era manta. Tenían la piel encendida y los labios ressecos. En una esquina ardía obstinadamente un brasero, sostenido más por la inercia del olvido que por necesidad. Una mujer joven —quizá la hija— me miró desde la penumbra con ojos secos y cansados de tanto observar el mismo dolor. El silencio llenaba el espacio, sosteniendo una verdad que no necesitaba palabras ni explicaciones. Bastaba con sentir que allí el tiempo avanzaba lentamente, en un desgaste constante que no sabíamos cómo frenar.

Me acerqué suavemente, como quien sostiene entre las manos algo delicado y quebradizo. La enfermedad era evidente, innecesario mencionarla, ambos sabíamos sin decirlo. Le hablé despacio, con la mezcla de temor y ternura aprendida tras haber presenciado demasiado tiempo la impotencia ante el sufrimiento. Le sugerí evitar compartir utensilios, separar espacios para dormir y ventilar la casa, aunque fuera levantando un paño en la entrada. Recomendé hervir agua y ofrecer algo tibio a los niños, por si eso los ayudaba a resistir. Saqué del bolsillo un blíster arrugado de paracetamol y lo coloqué con torpeza sobre la mesa, añadiendo con un susurro que era todo lo que tenía.

Ella evitó preguntar si era contagioso, renunció a saber cuánto duraría o buscar respuestas. Me miró con una mirada vacía, revelando un cansancio antiguo, más allá de toda espera. Era demasiado joven para llevar tan pronto el peso del mundo, pero permanecía en pie con la determinación silenciosa de quien se sostiene porque es la única opción posible.

En su silencio no hubo reproche, solo una verdad que dolía más que cualquier palabra: sabía que yo traía apenas un gesto, una esperanza débil disfrazada de cuidado. Aun así, escuchó sin interrumpir, porque mi presencia, aunque silenciosa, traía algo distinto al abandono: un breve respiro, una compañía fugaz que aliviaba momentáneamente la carga de los días.

Salí cruzando un umbral invisible que solo el alma reconoce, con pasos lentos, arrastrando algo que necesitaba recordar. Afuera, el aire parecía más liviano, pero tampoco ofrecía consuelo, era simplemente otra versión del vacío. Inspiré profundamente, menos para llenar mis pulmones que para recordarme que seguía vivo, que aún podía sostenerme, aunque por

Todo lo que no llegamos a saber

dentro todo se partiera lentamente, como el desgaste silencioso de una estructura vieja, gastada por el tiempo y el viento.

Me senté en una piedra al borde del camino, sosteniendo mi libreta entre las manos, escribiendo lentamente cada palabra, con el peso suficiente para no olvidarla: Quizá sea demasiado tarde. No era dramatismo ni resignación, solo la certeza amarga de que en algunos lugares el tiempo siempre llega con retraso, como si la justicia siguiera caminos desviados, esquivando justamente donde más se la necesita.

Miré hacia atrás, hacia aquella casa sin ventanas que parecía encogerse bajo el cielo opaco, preguntándome si seguiría en pie la semana siguiente, si dentro aún se escucharían respiraciones, voces o pasos, o si el silencio se apoderaría finalmente de todo como polvo obstinado, inmune incluso al viento. Pensé en los niños, en la anciana, en la mujer que no podía llorar. Pensé en todas las palabras que nunca encontraron momento, en lo que jamás supe cómo decir. Y por un instante, breve pero inmenso, sentí que el mundo se cerraba lentamente sobre sí mismo y que todo lo que yo era —mi cuerpo, mis manos, mi historia— seguía sin ser suficiente.

Y aun así, permanecí. Porque a veces, sin saber cómo ni por qué, lo único posible es quedarse.

TODO LO QUE NO LLEGAMOS A SABER

La escuela se sostiene apenas sobre tablones mal alineados, cubierta por un techo de calamina que gime al viento y arde cuando el sol implacable se posa sobre el cerro. Las paredes, formadas por maderas irregulares y remendadas con plástico, resguardan frágiles el espacio; los pupitres son troncos toscos que guardan la memoria de otros usos. Al fondo, suspendida precariamente en dos clavos oxidados, la pizarra de cartón endurecido sostiene con dignidad las letras temblorosas de mi tiza, que se quiebra a cada trazo, rendida al esfuerzo constante de explicar lo inexplicable.

Cada día, los niños me esperan con ojos amplios y mochilas vacías. Algunos recorren horas para llegar, otros caminan descalzos, con hambre marcada en sus gestos y ropa que olvidó el color original, pero con una atención tan absoluta que conmueve profundamente. Preguntan con una curiosidad que desborda mi saber, nombran enfermedades como si fueran criaturas vivas que habitan sus hogares, describen la fiebre como una presencia nocturna que se cuela sigilosa en sus sueños para quedarse sin permiso. Los escucho con respeto y entrego cuanto sé, sin ocultar dudas ni disfrazar ignorancia, sin prometer más de lo posible.

Todo lo que no llegamos a saber

En este lugar hecho de carencias, donde nada sobra y todo falta, late algo auténtico. Allí, en esa fragilidad palpable, comienzo a entender que enseñar no impone certezas, sino comparte humildemente lo aprendido, incluso lo que el dolor ha enseñado. Cada vez que escribo en la pizarra, cada vez que dibujo cuerpos con órganos desproporcionados y sistemas entrelazados, siento la presencia silenciosa de mi madre, sentada entre los niños, repitiendo suavemente aquella frase que escribió tantas veces para mí: no lo culpes, él estaba ayudando.

Con el tiempo comprendí que saber no es poseer respuestas absolutas, ni caminar por la vida con la seguridad arrogante de quien cree que su voz basta para sanar. Saber es otro estremecimiento: el que me atraviesa cuando un niño pregunta por qué los pobres enferman más, por qué algunos cuerpos resisten menos, por qué ciertas medicinas tardan tanto, como si la vida en estos lugares no tuviera prisa por salvarse.

No tengo respuestas claras ni justas. Sin embargo, permanezco con ellos, atento, devolviendo preguntas envueltas en palabras nuevas, construyendo juntos algo quizás no tan firme como el conocimiento académico, pero sí una comprensión compartida, una manera de resistir unidos la incertidumbre.

No vine a salvar a nadie. Aprendí con tropiezos, lágrimas y pasos lentos que el verbo salvar cobra sentido solo cuando se conjuga con humildad. Vine simplemente a ofrecer lo poco que sé, lo aprendido en noches sin sueño, en caminos polvorrientos y casas sin ventanas, donde entendí que la verdadera salud no nace en hospitales, sino en la experiencia de sentirse visto, cuidado, escuchado.

Lo único que puedo prometerles, más allá del saber incompleto, es la firme decisión de permanecer a su lado, incluso cuando la esperanza se reduzca a un hilo de luz en la tarde gris.

Cuando la clase termina y los niños parten uno a uno por el sendero polvoriento, quedo solo en el aula vacía, donde resuenan sus voces y palpita la calidez de sus miradas sobre los bancos de madera. Abro el cuaderno donde registro con cuidado los nombres que me dictan, los síntomas que confiesan, las dudas que revelan, anotando en letra apretada lo que no quiero olvidar; no para un diagnóstico, sino porque en esos mínimos detalles late la esencia de lo que intento hacer.

Escribo los nombres despacio, como quien planta semillas en tierra fértil, como quien afirma que toda existencia merece ser nombrada. Debajo de cada uno, en una línea aparte, anoto lo que no comprendo, lo que falta aprender, lo que algún día desearía saber. Al final de cada

página, con la letra insegura de mi infancia, escribo una palabra que mi madre me enseñó sin decirla, una palabra que habita en su forma de mirarme, esperarme, perdonarme: escuchar.

La trazo con lentitud, como si al escribirla invocara su voz, su presencia paciente y silenciosa. Sé que todo comienza allí: en ese gesto sencillo y valiente de abrirse al otro, de quedarse cerca aun cuando las palabras faltan, de sostener desde el silencio. Escuchar es la raíz profunda de lo que intento ser, el legado que ella dejó en mí y que no quiero perder.

Esta historia no termina con certezas ni consuelos fáciles, sino con esa única palabra que da sentido a todo, incluso en el dolor más profundo: escuchar.

EL BANCO BAJO EL ALGARROBO

Volví un año después. No por deber ni por promesa. Volví porque algo en mí reclamaba regresar, como quien busca cerrar un círculo sin saber dónde comienza ni dónde termina.

El algarrobo seguía allí, con su sombra amplia, su silencio antiguo, esa manera pausada de esperar sin apuro, como un guardián de memorias que nunca olvida. Me senté en el mismo banco de madera donde antes intenté explicar el miedo. Esta vez no llevaba papeles, ni instrucciones, ni palabras urgentes. Solo el cuerpo más liviano, aunque más lleno.

Los niños jugaban cerca, formando un coro de risas y murmullos que se tejían con el viento. Algunos eran nuevos, otros ya olvidaban mi nombre, como hojas que caen y vuelven a brotar en estaciones inciertas. Uno se acercó descalzo, con un palito que usaba como espada. Me miró con esa mezcla de curiosidad y confianza que solo tienen los niños, y preguntó si mi madre también vivía en ese lugar.

Asentí sin palabras. Él sonrió, entendiendo quizás algo que yo aún buscaba descifrar, y se sentó a mi lado. No dijo más, ni hizo falta. Compartimos la sombra, cómplices en la quietud. El viento apenas movía las ramas y por un instante, todo parecía encajar en su sitio, como si el tiempo se hubiera detenido para escuchar.

Pensé en ella, no con tristeza, sino con una ternura serena, dulce como el eco lejano de una canción que aún me acompaña. Recordé su letra repitiéndose, sus silencios que ahora forman parte de mí, como un latido silencioso que nunca cesa. Comprendí que, aunque no estuviera, algo de su manera de estar —esa forma sutil de escuchar sin interrumpir, de cuidar sin alardes— seguía viva en mí, un faro tenue que guía en la oscuridad.

Todo lo que no llegamos a saber

No tomé notas, ni hice preguntas. Respiré hondo, dejando que el aire tibio de la tarde me envolviera, como una manta sin costuras que abraza sin apretar. A veces, me dije, lo único necesario es quedarse cerca, habitar el mismo espacio, aunque el silencio se vuelva lenguaje, y acompañar aún cuando ya no queda nada nuevo que decir.

Epílogo

En la vida discreta de cada comunidad existen pequeños gestos que sostienen silenciosamente el mundo. Son actos cotidianos, apenas celebrados, raramente grabados o recordados en aniversarios. Son manos que tocan sin promesas, miradas que acompañan con calma, pasos que vuelven incluso cuando nadie espera. Esta historia habla de esas ausencias que enseñan, de errores que redimen y voces que perduran suavemente. Aquí no hay finales felices porque la vida raramente ofrece cierres perfectos. Pero queda algo firme: el eco de una palabra susurrada en el momento justo, la certeza sencilla de que escuchar es quizás la forma más profunda y auténtica de amar.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>